

SERMÓN DE LAS SIETE PALABRAS
HERMANDAD DE LA PASIÓN
(Catedral de Pamplona, 3 de abril de 2026)

TERCERA PALABRA

«Mujer, ahí tienes a tu hijo... ahí tienes a tu madre» (Jn 19,26-27)

En el Calvario, poco a poco, se va haciendo el silencio. Muchos se han marchado. Los curiosos ya no están. Los enemigos se han cansado de insultar. Solo quedan unos pocos. Un pequeño grupo... pero esencial. Y en medio de ellos, una figura que no puede faltar: la madre.

María está allí. De pie. Sin gritar. Sin reprochar. Sin entender del todo... pero permaneciendo.

¡Qué difícil es permanecer cuando todo se derrumba! ¡Qué difícil es quedarse cuando lo que vemos no tiene sentido! Y, sin embargo, María está. No ha huido. No se ha escondido. No ha evitado el dolor. Está junto a la cruz, acompañando a su hijo en el momento más oscuro.

Y junto a ella, el discípulo amado.

No sabemos muy bien qué siente. Probablemente miedo, desconcierto, tristeza. Pero también él está. No ha abandonado del todo. Permanece, aunque sea desde la fragilidad.

Y entonces, en ese momento, Jesús pronuncia una palabra que sorprende. No habla de sí mismo. No expresa su dolor. No pide alivio. Mira a su madre... y la entrega. Mira al discípulo... y lo convierte en hijo. «Mujer, ahí tienes a tu hijo... Hijo ahí tienes a tu madre».

En apariencia, es un gesto sencillo, casi humano: un hijo que, antes de morir, se preocupa por su madre. Pero aquí hay mucho más. Aquí, en la cruz, nace algo nuevo.

Jesús está inaugurando una nueva forma de relación. Una nueva familia. Una nueva humanidad. María deja de ser solo la madre de Jesús... para convertirse en madre de todos.

Y el discípulo deja de ser solo un seguidor... para convertirse en hijo.

En ese momento, en Juan, estamos todos nosotros.

Porque esta palabra es para la Iglesia. Es para cada uno de nosotros. Jesús nos da una madre a todos sus discípulos.

Porque Dios sabe que el corazón humano necesita hogar, necesita cercanía, necesita ternura. Y eso es María.

María no sustituye a Dios. María no ocupa el lugar de Cristo. María nos conduce a él... pero lo hace como madre. Con paciencia. Con delicadeza. Con esa manera suya de guardar las cosas en el corazón.

Por eso, en la vida cristiana, María no es un añadido. Es un don. Un don que muchas veces no valoramos suficientemente. Porque quizá nos cuesta entrar en esa relación. Porque a veces nos parece algo secundario. Pero en la cruz, Jesús nos la entrega como algo esencial para que, como el discípulo amado, la recibamos en nuestra casa. La dejemos entrar en la propia vida. Recibirla «en casa» significa hacerle un lugar en lo cotidiano. En la oración. En las decisiones. Significa aprender a mirar como ella mira. A creer como ella cree. A permanecer como ella permanece. Porque María no solo está al pie de la cruz de Jesús... está también al pie de nuestras cruces. En nuestros momentos de sufrimiento. En nuestras noches de fe. En nuestras pérdidas y heridas. Y muchas veces, sin darnos cuenta, es ella quien nos sostiene.

Pero esta palabra no solo nos habla de María. Nos habla también de la Iglesia. Porque al pie de la cruz nace una nueva familia. No basada en la sangre, ni en los intereses, ni en las afinidades... sino en el amor recibido de Cristo. Somos hermanos no porque nos hayamos elegido... sino porque él nos ha unido.

Y esto tiene consecuencias muy concretas. No podemos vivir la fe en solitario. No podemos ignorar al otro. No podemos desentendernos del hermano. Cada persona que está a nuestro lado, especialmente el que sufre, el que está solo, el que carga con su cruz... es alguien que Jesús nos ha confiado.

Y entonces podemos preguntarnos: ¿A quién estoy acogiendo en mi vida? ¿A quién estoy acompañando? ¿A quién estoy dejando solo? Porque la fe no es solo una relación con Dios. Es también una forma de vivir con los demás.

Hoy, al pie de la cruz, sintiendo la presencia de María, podemos orar así.

Señor Jesús, que nos has dado a María como Madre,
haznos vivir como verdaderos hijos y hermanos.
Que sepamos acoger, cuidar y acompañar a los demás
como tú nos has enseñado desde la cruz.
Amén.

José Antonio GOÑI BEÁSOAIN DE PAULORENA